

¡POR NO DECIR LA VERDAD!

COMEDIA EN UN ACTO

ESTRENADA EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE EL DÍA 30 DE MAYO DE 1843

PERSONAS

CAMILA.
MARIQUITA.

DON FABIÁN.
DON ENRIQUE.

La escena es en Sevilla. — Jardín con verja en el foro: puerta de comunicación con la casa, á la derecha del actor; á la izquierda un pabellón con gradas y puerta dando frente al bastidor opuesto; ventana mirando al público, y bajo de ella un banco.

ESCENA PRIMERA

CAMILA, DON FABIÁN

Fab. Con que ¿hoy llega don Enrique á Sevilla?

Cam. Sí; en el *Betis*.

Fab. ¡Oh si en el seno de Tétis se fuera el vapor á pique!

Cam. ¿Por qué le quieres tan mal?

Fab. Porque tú le quieres bien.

¿No puedo yo ¡voto á quién! maldecir á mi rival?

Cam. Yo maldecirle no sé, que harto pesa á mi conciencia

La culpable inconsecuencia

Con que he burlado su fe.

Fab. También él, rota la argolla

Con que tu amor le prendía,

Gemirá, lo juraría,

Por una linda criolla.

Son famosas las de Lima,

Su postrera residencia,

Y es tentadora influencia

La de aquel ardiente clima

Cam. ¡Cuál sería mi ventura

Si, vuelto al suelo natal,

Él no fuese tan leal

Como yo he sido perjura!

Entonces no temería

Que de falsa me arguyera,

Pues la culpa suya fuera

Salvaguardia de la mía.

Fab. Todo entregado al comercio,

No creas que tierno y blando

Vuelva á tus pies recitando

Elegías de Propercio.

Cam. Sí; que su constancia induzco

De las cartas que me ha escrito.

Fab. Y ¿qué prueba?...

Cam. Una de Quito,

Otra fechada en el Cuzco;

Y en la postrera — ¡ay de mí! —

Desde Cádiz — ¡ay Fabián! —

Me recuerda con afán

La palabra que le di.

Fab. Pero escriba como escriba

Ese terco enamorado,

¿Qué importa? ¡Tú le habrás dado

Una respuesta evasiva.

Cam. ¡Ah! ¿yo escribir de esa suerte

Al que fué mi amado bien?

No, Fabián, que mi desdén

Le causaría la muerte.

Fab. Y no excusarás el daño

Porque ahora te acobardes,

Que cuanto más lo retardes

Peor será el desengaño.

Cam. Pero ¿qué dirá la gente

Si rompo yo la primera

La fe jurada? Siquiera,

Cubramos el expediente.

Fab. Con que si rendido y fiel

En ser tu esposo persiste,

¿Habrás de dejarme alpiste

Y te casarás con él?

Cam. ¡Ay! me costará la vida,

Pongo al cielo por testigo,

Mas ¿con qué cara le digo:

Soy traidora y fementida?

Fab. Camila, no soy tan lego;

Eso no me satisface:

Di que en tu pecho renace

El mal extinguido fuego,

Y que un capricho voltario

Me dió plaza de suplente

Para dejarme excedente

Cuando vuelva el propietario.

Cam. ¿Posible es que digas eso?

Fab. Pues ¿qué he de decir — ¡mal haya

Mi fortuna! — cuando...? Vaya,

Tú quieres volverme el seso.

Cam. ¡Ay! harto sabes, ingrato,

Cuán grande es mi amor y cuyo

Desde que adorando el tuyo

Del alma eché su retrato.

Guardé mi primer amor,

De que no hay cenizas ya,

Hasta que muerta mamá

Te nombraron mi tutor.

Tú con mañosa cautela,

Siempre á mis ojos presente,

Ligero hiciste á mi frente

El yugo de la tutela.

Después de un año de asedio,

¿Qué plaza se tiene firme?

Capitular, ó morirme:

No tenía otro remedio.

Si fueras un viejo chocho

De maneras inciviles...

Mas ¡tutor de treinta abriles

Á pupila de diez y ocho!

Y aun tu misma profesión

De doctor en medicina

Ha apresurado la ruina

De mi primera pasión.

¿Qué corazón se sostiene

En campaña tan activa

Contra la alianza ofensiva

Del amor y de la higiene?

Venciste... ¡Miren qué gracia!

¿Y quién sabe si empleaste

Para dar conmigo al traste

Las drogas de la farmacia?

¿Quién sabe, astuto doctor,

Aunque el claustro te celebre,

Si quitándome una fiebre

Me infundiste otra mayor?

¿Y cómo ¡ay Dios! te repulse,

Yo tan débil, tú tan sabio?...

¿Cómo negarte mi labio

Lo que te dice mi pulso?

Fab. Pero amor que así se esconde

No es verdadero, Camila;

¿Y verá mi alma tranquila

Que otro te halague y te ronde?...

Cam. ¿Quién con el mundo, Fabián,

Alguna vez no transige?

¿Qué sacrificios no exige

El temor del que dirán?

Súfrelo por mí y por Dios,

Que á corto ó á largo plazo

Enrique caerá en el lazo

Que le tendamos los dos.

Á aparecerle me obligo

Tan quebrada de salud,

Que será mucha virtud

Querer casarse conmigo.

Puede en tanto que nos abra

Camino el Dios del amor

Para poder sin rubor

Retirarle mi palabra.

Fab. El camino más derecho

Es decirle esto sucede,

Y darle yo, si no cede,

Una estocada en el pecho.

Cam. ¡Qué! ¿también espadachín?

Fab. Salgamos del laberinto...

Cam. Pero, ¡santo Dios, qué instinto

De matar! ¡Médico al fin!

Pues, ¡ay de ti si cruel

Tu rencor le sale al paso!

Fab. ¿Por qué?

Cam. Porque no me caso

Ni contigo ni con él.

Fab. Reprimiré mi coraje...

Si puedo; pero es capricho

Singular...

Cam. Lo dicho dicho.

Fab. ¿Oyes?

(Aplicando el oído hacia la derecha.)

Cam. Ruido de un carruaje...

Fab. Ligero va como un rayo.

Cam. Para.

Fab. ¿Á nuestra puerta?
Cam. Sí.
Fab. ¿Será Enrique?
Cam. ¡Oh! ya está aquí.
(Mirando adentro por la puerta de la derecha y después de una breve pausa.)
 Tenme bien, que me desmayo.
(Finge desmayarse y don Fabián la sostiene.)
Fab. ¿De veras?
Cam. Ni por el forro.
(En voz baja.)
Fab. ¡Ah! ya comprendo... ¡Bendita!
Cam. ¡Calla!... Es decir; grita, grita...
Fab. ¡Favor! *(Gritando.)*
Enr. ¡Camila! *(Dentro.)*
Fab. ¡Socorro!

ESCENA II

CAMILA, DON FABIÁN, MARIQUITA,
 DON ENRIQUE

(Mariquita viene vestida de hombre y don Enrique desgreñado, ojoso y mal vestido.)

Enr. ¡Hermosa mía!... ¿Qué veo?
 ¡En brazos de otro galán!
Fab. ¿Galán? Se equivoca usted;
 Que soy su médico.
Enr. Ya.
Fab. Y su tutor.
Enr. Según eso,
 Usted será don Fabián...
Fab. Servidor.
Enr. Muy señor mío.
Fab. Mi señora su mamá
 En el lecho de la muerte
 Me encomendó su orfandad.
Enr. Sea para muchos años.
Mar. ¡Bonita es como un coral!
Enr. Con que ¿murió mi señora
 Doña Carmen Garibay?...
Fab. Sí, señor. — Yo la asistí.
Enr. Dios la tenga en santa paz.
 Pero ¿qué especie de síncope
 Ó parasismo fugaz
 Eclipsa de esos luceros
 La celeste claridad?
Fab. Oír á usted, ver su cara
 Asomar por el zaguán,
 Y sentirse acometida
 De este accidente fatal,
 Ha sido un momento.

Enr. ¿Acaso...
 Me aborrece? No será
 Milagro, que este pelaje
 Y mi extrema fealdad...
 Hábleme usted francamente:
 ¿Se ha espantado?...
Fab. Tal vez...
(Camila, como acometida de una convulsión, pellizca con disimulo á don Fabián.)
(¡Ay!)
 No, señor; muy al contrario;
 El mismo amor...
Enr. ¡Voto á San...!
 ¡Qué gestos! ¡Qué crispaturas!
 Parece que ahora le da
 Más fuerte. Echaré una mano...
Fab. No; ya no hay necesidad
(Con prontitud.)

Cede el pulso, y la paciente
 Vuelve á su estado normal.
Mar. ¿Y le dan esos soponcios
 Muy á menudo?
Fab. Es el pan
 De cada día; es dolencia
 Grave, intensa, pertinaz...
Enr. ¡Diablo!
Fab. ¡Incurable!
Enr. ¡Demonio!
Mar. ¡Este hombre es un charlatán!
Enr. ¡Pobre Camila! — Y ¿qué nombre
 Da usted á esa enfermedad?
Fab. Mal de corazón se llama
 En el idioma vulgar:
 Nosotros la apellidamos
 Epilepsia contumaz.
Enr. ¡Zape! Ya me había escrito
 Que no gozaba cabal
 Salud; pero yo ignoraba
 La funesta gravedad
 De su dolencia.
Fab. La pobre
 No quería traspasar
 El corazón de su amante
 Con una nueva capaz...
Enr. ¿De qué? Á mí nada me arredra.
 El amoroso volcán
 Que inflama mi corazón
 No se extinguirá jamás.
Fab. ¡Malos demonios te lleven!
 Mas yo no puedo excusar
 El doloroso deber
 De decir...
Enr. ¿Qué?
Fab. La verdad.
 Si usted se casa con ella
 Se expone...

Enr. ¿Cómo? ¿Es su mal
 Contagioso?
Fab. ¡Ah! Sí.
Enr. No importa.
 Yo lo quiero inocular
 En mis venas.
Fab. ¡Temerario!
Enr. Sí, señor. No se dirá
 Que yo falto á mi palabra.
Fab. ¿Y si el contagio letal
 Se propaga á su inocente
 Misera posteridad?
Enr. Con que ¿ese mal viene á ser
 Como el pecado de Adán?
Fab. Sí, señor, y no hay bautismo
 Que lo cure.
Mar. Es singular...
 Pues no anuncia su semblante...
Fab. Es achaque muy falaz.
 Y si padeciera sólo
 De la epilepsia, tal cual;
 Pero adolece también
 De la tenia.
Mar. ¿Sí?
Enr. ¿Eso más?
Mar. ¿Y qué viene á ser la tenia?
Fab. Un espantoso animal.
Enr. ¡Gran Dios!
Fab. Lo que llama el vulgo
 La solitaria.
Enr. ¡San Blas!
 ¿Y no hay medio de extraerla?...
Fab. Sí por cierto; muchos hay:
 La corteza de granado
 Es sumamente eficaz,
 Y la raíz del helecho;
 Y aun solemos emplear
 Con muy buen éxito el vomí-
 Purgativo de *Le Roi*;
 Mas con tantos revulsivos
 No he podido exterminar
 Esa cruel sabandija,
 Que por mi cuenta tendrá
 Trescientas varas y pico;
 Ni ya lo quiero intentar,
 Porque atendidos los síntomas
 De la doliente, quizá
 Si extirpamos la lombriz
 Sobrevenga un zaratán.
Cam. Ja, ja, ja. *(Riéndose.)*
Enr. ¡Se ríe!
Fab. Risa
 Convulsiva.
Cam. Ja, ja, ja.
Enr. ¡Cosa más rara!...
Fab. Pudiera
 Ser esta crisis mortal.
Enr. ¿Crisis de la... tenia, ó crisis

De la epilepsia, ó de la...?
 Que mi amada es, por lo visto,
 Compendio de un hospital.
Cam. Ja, ja, ja...
Enr. ¡Vuelta á la risa!
Fab. Es según como le da.
 Otras veces la infeliz
 Se pone hecha un Satanás,
 Ruje, pellizca... (Y no miento.)
 Y hasta muerde como un can.
Mar. ¿Y con semejante monstruo,
 Oh Enrique, te has de casar?
Enr. Mientras ella no me absuelva
 Del juramento formal
 Que nos hicimos, ya he dicho
 Que la llevaré al altar,
 Y aunque tuviera hidrofobia,
 Y hemoptisis pulmonal,
 Y el cólera-morbo asiático,
 Y toda la infinidad
 De plagas que fulminó
 La cólera de Jehová
 Sobre Egipto, antes el cielo
 Se juntará con el mal
 Que fermentado mi labio
 La diga: me vuelve otrás.
Fab. ¡Bien! Estamos como tres
 Con un zapato. Pres...
Cam. ¡Ah!...
Fab. Ya vuelve de su letargo.
Cam. ¿Dónde estoy?
Enr. ¡Camila hermosa!
Cam. ¡Enrique mío! — Yo creo
 Que me ha dado una congoja.
 El mismo afán de abrazarte...
 La alegría... la zozobra...
 ¡Ay, Enrique!
Enr. ¡Ay, vida mía!
Cam. ¡Cómo me encuentras! ¡Cuán otra
 De la que fui!
Enr. Con efecto;
 Estás más linda y más gorda
 Que te dejé.
Cam. ¡Ay cómo engañan
 Las apariencias! En copa
 De oro cincelado suele
 Encerrarse la ponzoña.
Enr. Ya sé, con hartos dolor,
 La triste y prolija historia
 De los males que te afligen.
Cam. ¡Señor don Fabián!
(En tono de reprensión.)
Fab. Señora,
 La conciencia me mandaba
 Revelar...
Enr. Pero ¿qué importa?
 Como suele en alta mar

Inmole y tenaz la roca
Resistir á los embates
De los vientos y las olas,
Mi pecho... (algún desatino
Voy á decir) no se asombra
Ante el tremendo espectáculo
De jaropes y de drogas.
Suele ser el matrimonio
Panacea prodigiosa
Que cura males... rebeldes
Á los baños de Cestona;
Y si la dulce esperanza
Que me halaga se evapora,
¡Bien aventurado yo
Cuando en tus labios de rosa
Beba con sed devorante
El virus que te inficiona,
Y tu cadáver y el mío
Sepulte las mismas losa,
Y obscurzca á la de Piramo
Y Tisbe nuestra memoria!
Cam. ¿Y yo he de sufrir que víctima
De una pasión tan heroica
Sean tu tumba ¡ay dolor!
Los brazos de la que adoras?
No; ¡terrible sacrificio!
No; ¡vive Enrique, y yo sola
Arrostre la maldición
Con que el destino me agobia!
Enr. ¡Basta, cruel! Tú no me amas,
Tú la fe jurada violas...
Cam. ¡Oh! eso no. Mañana, hoy mismo
Arda la nupcial antorcha
Que en lazo eterno...
Enr. ¡Bendita
(¡Maldita...) sea tu boca!
Cam. ¡Enrique!
Enr. ¡Camila!
Fab. (¿Hay hombre
Más necio?)
Mar. (¿Hay mujer más tonta?)
Enr. Esos acentos me elevan
Á la cumbre de la gloria.
Mas ¡qué digo, desgraciado!
Contra el nudo que ambiciona
Mi corazón se conjuran
Las desdichas que me acosan.
No; yo sería un infame
Si, abusando de tu estoica
Virtud, osara aceptar
Tu blanca mano preciosa.
Cam. ¿Por qué? ¿Qué desdichas son
Las tuyas? No las escondas
En el pecho.
Enr. ¡Ay, prenda mía!
La lombriz que te devora,
El zaratán que te amaga,
La epilepsia que te dobla,

Todo es nada comparado
Con mi suerte lastimosa.
¿No se han fijado tus ojos
En mi escuálida persona?
¿Nada te dicen los míos
Saliéndose de sus órbitas?
¿Nada mi atezado rostro
Símil de la zona tórrida,
Nada mi lacio cabello,
Y nada, en fin, esta ropa
Mal perjeñada, elocuente
Anuncio de mi derrota?
Cam. No eres el pulcro mancebo, —
Te lo digo sin lisonja, —
Que ha dos años cautivaba
Las miradas de las mozas
Desde la torre del Oro
Á los Caños de Carmona;
Mas luego que te repares
De tu larga y trabajosa
Navegación, y asociados
Á la lejía y la esponja,
El sastre y el peluquero
Te aliñen y recompongan,
Volverá á ser presentable
Tu cara. Y si no lo logras,
¿Serás para mí por eso
Menos amable (¡Huy!) ahora
Que en otro tiempo lo fuiste?
Para ojos que se enamoran
De las bellezas del alma
Las del rostro están de sobra.
Enr. (¿Será cierto?)
Fab. (Yo estoy frito.)
Mar. (Si lo finge es buena cómica.)
Enr. ¡Camila, el alma me partes
Con tanta misericordia!
Pero aun no sabes... ¡Gran Dios!
¡Aborreceme, abandona
Á este infeliz!
Cam. Tú me asustas.
¿Qué es lo que tanto te postra?
¿Algún naufragio tal vez?...
Enr. ¡Ah! sí; mis ojos lo lloran...
No el mío ¡plugiera á Dios!...
Cam. Pues ¿cuál?
Enr. ¡Ay cielo! el de toda
Mi fortuna. ¡Una fragata
Cargada de oro y aljófár!
Unos corsarios de Méjico
Entre Chile y Californias
La apresaron. Sólo un bote
Para regresar á Europa,
Con agua para dos días
Y pan para pocas horas,
Me dieron, y hubiera sido
Horrible pasto de focas
Y tiburones, si el cielo,

Cuya piedad me encocora,
No me hubiese deparado
Una goleta española
Donde me amparé, ya exánime,
Asido de una maroma.
Cam. ¡Jesús!
Mar. (¡Cuánto miente! Pero
Ella no se queda corta.)
Enr. Allí me hice camarada
De don Calixto Mendoza...
Mar. Servidor...
Cam. Muy señor mío. —
¿Es este el joven que nombras
En tu carta?
Enr. Sí; negocios
De familia y trapisondas
Que son largas de contar
Le traen á nuestras costas,
Y como tanto le debo,
Aquí le traigo... Perdona
La libertad...
Cam. ¡Bien venido!
Yo le ruego que disponga
De esta casa como guste.
Mar. Mil gracias. Usted me colma
De favores.
Fab. Yo también
Le ofrezco sin ceremonia
Mis facultades, inclusa
La de médico.
Mar. Usted me honra
Demasiado...
Enr. Ahora, Camila,
Que mi desgracia no ignores,
¿Podré yo sin ser un tigre
Acusarte de que rompás
La fe prometida? ¿Es justo
Resignarte á ser esposa
De un hombre que, sin remedio,
Tendrá que pedir limosna?
Cam. ¿Y por ventura soy yo
Mujer de tan ruin estofa
Que por pobre te desprecie?
¡Eh, calla, que me sonrojas!
Enr. (¡Ni por esas!) Pero, hija,
Mira que es una bicoca
Tu dote, y entre los dos...
No alcanzará para sopas;
Y como estás delicada...
¿Con qué pagamos las pótimas
De la botica?... Te ciega
El cariño. Reflexiona...
Cam. No digas más. Esos son
Vanos subterfugios, fórmulas...
Di que te abruma la carga
De una mujer achacosa...
Di que por la negra honrilla
Mal de tu grado te inmolás...

Enr. ¡No tal, no tal! Yo no he dicho,
Yo no he pensado tal cosa.
¡No! tú eres la que te agarras
Á un clavo ardiendo, traidora.
Porque deseas romper
Conmigo; mas te lo estorba
El orgullo...
Cam. Tú me quieres
Aturdir con esa cólera
Fingida; pero te engañas.
Fab. (¡De esta hecha riñen!)
Enr. Pues obras
Son amores. He aquí
Mi mano.
Cam. (¡Cielo!) Estoy pronta.
He aquí la mía.
Enr. (¡Es de hielo!)
(Tomándola como á pesar suyo.)
Cam. (¡Con qué frialdad la toma!)
Mar. (¡Y se detestan!)
Fab. (¡Un pan
Hacemos como unas hostias!)
Cam. ¿Estás contento, bien mío?
Enr. (Como si fuese á la horca.)
¡Oh! la alegría me inunda
Y el entusiasmo me ahoga.
¿Y tú?
Cam. ¿Yo? En el paraíso...
(¡En el infierno!)
Enr. ¿La boda?...
Cam. Mañana. Aun no has descansado...
Enr. Sí; tú también estás floja...
Ya se ve; las convulsiones...
Y ¿dónde nos acomodas?
Cam. Ahí, en ese pabellón.
Enr. Pues iremos, si me otorgas
Tu permiso... ¡Adiós, mi encanto!
¿Quedamos en que te arrojas
Á hacer conmigo una vida
Austera y menesterosa?...
Cam. ¿Y tú en arrostrar impávido
Mis enfermedades crónicas?
Enr. ¡Contigo es trono el sepulcro!
Cam. ¡Contigo pan y cebolla!
(Don Enrique y Mariquita entran en
el pabellón.)

ESCENA III

CAMILA, DON FABIÁN

Fab. Con que ¿ya no hay esperanza?
Cam. Mi discurso no la alcanza.
Yo le deseaba pérfido,
¡Y torna á mis ojos fiel!
Fab. Sea fiel ó no lo sea,

¿No es una maldita idea
Aborreciendo á ese títere
Querer casarte con él?
Cam. ¡Qué quieres! No soy de piedra,
Y al ver que nada le arredra
Y por mi amor impertérrito
Compromete su salud.
Ya que en el alma no influya,
Porque esa, Fabián, es tuya,
Á lo menos no me es ilícito
Negarle mi gratitud.

Pab. Tu gratitud me horripila.
¿Y será justo, Camila,
Que te la inspire un... fenómeno
Y no te la inspire yo?
¿No era más fácil, más llano,
En vez de tramar en vano
Una tramoya ridícula,
Haberle dicho que no?
¡Y tú estás satisfecha
Porque sin mostrar sospecha
Ha tragado tanta andrómina
Como hemos forjado aquí!
Pero ¿qué hombre de esa suerte
Apechuga con la muerte?
Tú eres la simple y la crédula
Y él quien se burla de ti.

Cam. Para odiar yo su himeneo
Bastaba el verle tan feo;
Pero no puedo sin lágrimas
Ver su pobreza, Fabián.

Fab. ¿Y si fuese patarata
Aquello de la fragata
Y los corsarios de Méjico
Y el bote, el agua, y el pan?
Que yo de su traza infero
Que es un solemne embustero
Y el más redomado pícaro
Que Andalucía crió.

Cam. Pero ¿qué interés tendría
Si mi mano apetecía
En fingirse pobre, mísero,
Derrotado?...

Fab. ¿Qué sé yo?
Tal vez, aunque no lo ha dicho,
Tiene tu mismo capricho,
Y queréis antes ser mártires
Que confesores los dos.

Cam. Yo mi mentira maldigo,
Pero ya no me desdigo;
Que no quiero ser la fábula
De la ciudad.

Fab. ¡Voto á bríos!...
¿Y usted me ama? ¡Eh! ya me canso
De hacer el papel de ganso,
Y de que mi vida y mi ánima
Se jueguen en un albur.
¡Adiós para siempre, ingrata!

Ahí queda el de la fragata...

Cam. ¡Mira...!

Fab. ¡Aparta!

Cam. ¡Escucha...!

Fab. Cásate

Con él...

Cam. ¡Oye!...

Fab. ¡Abur! ¡Abur!

(*Vase corriendo por la verja.*)

ESCENA IV

CAMILA

¡Se va y acaso no vuelva!...
Ya es forzoso que resuelva
Evitar una catástrofe
Hablando claro y tres más.
¿No es una mala vergüenza
Que un vano puntillo venga
Al precepto del decálogo
Que dice no mentirás?
Diré la verdad á Enrique.
Si se pica, que se pique.
Así obedezco las órdenes
De mi amor y mi deber.
¿Quién sabe?... Estaba tan tibio...
Quizá al paso que me alivio
De un grave peso, mi récipe
Le va á dar sumo placer.
Voy... Mas si me ama en efecto,
Al que fué mi predilecto
¿Con qué cara ¡ay santa Brígida!
Le digo: yo te vendí?
¡Ah! no; no me determino...
Si Dios me abriera un camino...
(*De la ventana del pabellón que está
entreabierta cae un billete.*)

Pero ¿qué es esto?
(*Toma el billete.*)
(*¡Una epístola!*)
(*La abre.*)

¿Quién?... Leamos... dice así:

« Amable Camila: si dentro de un cuarto
de hora me permite usted hablarla un mo-
mento á solas, espero que no se arrepentirá
de haber concedido esta gracia á su muy
atento servidor Q. B. S. P.

CALIXTO MENDOZA. »

¡Hablar á solas conmigo!
¿Si de acuerdo con su amigo
Me tiende lazo maléfico
Burlando mi buena fe?

¿Ó acaso le envía Enrique
Para que él me notifique
Que no vuelve de la América
Tan amante como fué?
Mas tienda lazo ó no tienda,
Mientras yo no suelte prenda,
Á tan respetuosa súplica
Puedo acceder sin temor.
Y si otro arbitrio no encuentro
¿Qué he de hacer? Sí; voy adentro,
Salgo después y... ¡Buen ánimo!
Que acobardarse es peor.

(*Entra en la casa y al mismo tiempo asoma
por la ventana del pabellón Mariquita.*)

ESCENA V

MARIQUITA, DON ENRIQUE

(*Los dos en la ventana.*)

Mar. En casa entró.

Enr. Pues tomemos
(*Asomándose.*)

El fresco de este verjel.
Ella ha leído la carta...

Mar. Y á mi juicio con placer.

Enr. ¿Caerá en el lazo?

Mar. Tal creo,
Que no haber roto el papel
Airada, es signo evidente
De que volverá después
Á la cita.

Enr. Pero ¿has visto
Más obstinada mujer?
¡Dos años ausente de ella
Y todavía me es fiel!

Mar. Aunque fuese verdadero
Su afecto, que no lo es,
¿De qué te admiras, ingrato?
¿No es más extraña tal vez
Mi constancia que la suya?
¿Pues quién sino yo, cruel,
Con mengua de su decoro,
Te seguiría á través
De tantos mares, fiada
En la ya dudosa fe
De tus promesas?

Enr. Primero
Que yo las pueda romper,
Rompa mi pecho un puñal,
Ó mi garganta un cordel;
Mas precisado á venir
Por negocios de interés
Á Sevilla, no he podido
Resolverme á parecer

Inconsecuente á los ojos
De la misma dama á quien
De palabra y por escrito
Amor eterno juré.

Mar. Antes que el pérfido halago
De tus palabras de miel
Cambiasse en flores y galas
Las tocas de mi viudez,
Juraras amar á otra
Una vez y veinte y cien;
Mas ¿por qué después, traidor?

Enr. Porque... ¿Qué sé yo por qué?
Si primero por amante,
Luego lo hice por cortés;

Y como ella, más rendida
De lo que era menester,
En cada contestación
Me llenaba ¡qué sandez!
De ternuras y deliquios
Cinco páginas ó seis,
No era cosa de que yo
Diese mi brazo á torcer;
Y mientras cada correo
Repetía el entremés,
Yo en silencio maldecía
Al inventor del papel. —

Vuelto á los patrios hogares,
Tú lo sabes, tú lo ves,
¿Qué no hago yo, Mariquita,
Para hacerme aborrecer?
Desgreñado, mal vestido,
Y embadurnada mi piel
Con surcos y con ojeras
Que á media legua se ven,
En mi rostro la hemostrado
La efigie de Lucifer;

¡Y Camila erre que erre!
Invento lo del bajel
En alta mar apresado,
Aspirando á su desdén
Si no por feo, por pobre;
¡Y ella, morlés de morlés!
Y me sale con aquello
De « contigo, dulce bien,
Pan y cebolla », y yo juzgo
Ponerla entre la pared
Y la espada presentándola
Mi mano; ¡y me dice amén!

Mar. Y te engaña; no lo dudes.

Enr. Ya lo veo, ya lo sé.
Mar. Y la solitaria es cuento
Y la epilepsia también.

Enr. Si tal, sí; y el zaratán.
No es tanta mi estupidez...
Y don Fabián es su cómplice;
Eso cualquiera lo ve.

Mar. Tu rival diría yo.
Enr. ¿Mi rival? no puede ser.

Ese hombre no puede amar.

Á nadie. ¡Es tutor!

Mar. ¿Y qué?

Enr. ¡Es médico!

Mar. ¡Qué aprensión!

(Mira el reloj.)

Pero son las siete y diez.

Camila vendrá á la cita...

Enr. Pues no te detengas; ve...

Acaso logres con maña

Su secreto sorprender.

Déjame á mí en buen lugar

Y haz cuanto quieras.

Mar. Sí haré;

Pero si es vano este ardid

Para que caiga en la red,

Mañana...

Enr. ¿Qué?

Mar. Canto claro,

Salga rana ó salga pez.

(Se retira de la ventana, y poco después sale al proscenio por la puerta del pabellón.)

ESCENA VI

DON ENRIQUE

(Asomado á la ventana.)

No puedo ya con la carga
De tanto embuste. ¡Oh que afán!
¡Que angustia! ¡Y luego dirán
Que la verdad es amarga!
Su amargor dura un momento,
Que es la verdad una y sola;
Pero detrás de una bola
El demonio enreda ciento.

ESCENA VII

MARIQUITA, DON ENRIQUE

(Ella en el proscenio y él en la ventana.)

Mar. ¡Cielos! ¿qué mujer se ha visto
En situación tan precaria?...
Mas ya viene mi contraria.

ESCENA VIII

CAMILA, MARIQUITA, DON ENRIQUE

Mar. ¡Oh, Camila!

Cam. ¡Oh, don Calixto!

Enr. (Ya está aquí.)

Mar. ¡Feliz encuentro!

Cam. ¿Qué se le ofrecía á usted?...

Enr. (La ventana entornaré.

Bien puedo oír desde adentro.)

(Entorna la ventana.)

Mar. Señora, yo soy muy franco,

Y espero que usted me imite. —

Pero, si usted lo permite,

Ocupemos ese banco.

Cam. (Intenta comprometerme,

Pero no lo logra.) Sí.

(Se sienta en el banco que está debajo de la ventana y de espaldas á ella.)

Mejor estamos así. —

¿Que hace don Enrique?

Mar. Duerme.

Cam. ¿Sí? (Muy gorda es la mentira

Para que yo me la engulla.)

Mar. Y la esperanza le arrulla

Del dulce bien á que aspira.

Enr. (Desde abajo no me ven.)

(Entreabriendo la ventana.)

Cam. Con que ¿tanta es su ternura?

Mar. ¡Oh!

Cam. Pero ¿quién me asegura

Que soy yo su dulce bien?

Mar. Yo, que soy su confidente.

Cam. (No es esto lo que esperé.)

Mar. Y otro premio de su fe.

Merecía ciertamente.

Cam. ¡Cómo!

Mar. Cada cuál se ingenia,

Y son ardidés soberbios

Las convulsiones de nervios,

Y las bascas, y la tenia.

Cam. ¡Qué oigo! ¿Esa lengua villana

Me acusa de...?

Mar. Ni por pienso.

Mi corazón es propenso

Á la indulgencia cristiana;

Pero sin armar disputa

Sobre el cómo y el por qué,

Ruego al cielo que me dé

La salud que usted disfruta.

Cam. Sea cual fuere, es error

Que me venga á hablar así

Hombre que no es para mí

Médico ni confesor;

Y yo no pido indulgencias

Á quien no es papa romano,

(Se levanta y Enrique se oculta cerrando otra vez la ventana.)

Ni pierdo mi tiempo, hermano,

En oír impertinencias.

Mar. Perdón si explicar no supe

Mi intención... Pero es hidalga,

¡Así me asista y me valga

La Virgen de Guadalupe!

Siéntese usted con sosiego

Y no muestre ese desdén,

Que no por mí, por el bien

De mi amigo se lo ruego.

Cam. Vaya... por el bien de Enrique.

(Sonriéndose con malicia.)

Mar. Supongamos, si es preciso,

(Se sienta.)

Que él tiene otro compromiso.

Cam. ¿Él?

Mar. Deje usted que me explique.

Enr. (¡Va á denunciarse y me pierde!)

(Asomándose otra vez.)

Cam. Hable usted : ¿tiene otra amada?

Mar. No; juro á usted que de nada

La conciencia le remuerde;

Pero á tan larga distancia,

Aunque la esperanza halague,

No es de admirar que naufrague

La más segura constancia.

Si Camila, por ejemplo,

Cediendo á humana flaqueza

Su frágil naturaleza,

Cambió el ídolo y el templo,

Enrique no la pondría

Puñal ni pistola al pecho

Reclamando su derecho

Con obstinada porfía;

Antes diría : es deslíz

En que incurren más de doce.

Paciencia y otra la goce :

¡Yo no la haría feliz!

Que aunque por ella suspira,

Prefiriera su bondad

Un « no te quiero » verdad

Á un « te idolatro » mentira.

Enr. (¡Oh qué bien hablado! ¡Es mu-

[cha

Mariquita!...)

Cam. (Ya comprendo

La intriga. Sigo mintiendo,

Que don Enrique me escucha.)

Con admiración contemplo

(En alta voz.)

Tan extraña diplomacia.

¿Y por qué á mí el verbigracia?

¿Y por qué á mí el por ejemplo?

Calle usted y no me arguya

Con supuesto tan villano.

¿Le daría yo mi mano

Si aborreciese la suya?

Él es, lo palpo, lo veo,

Quien por más que jure y charle,

Afectando desearle

Reniega de mi himeneo;

Mas sin duda es la costumbre

De ese fementido ingrato

Querer que le saque el gato

Las castañas de la lumbre.

¡No! que hable, mal que le pese,

Y aunque aleve me abandone,

Acaso yo le perdone

Cuando su culpa confiese;

Que también con monedra ira

Escuchara mi bondad

Un « no te quiero » verdad

Que un « te idolatro » mentira.

Enr. (Mujer taimada, contigo

Mereces que entre en el gremio,

Si dices verdad, por premio,

Y si mientes, por castigo.)

Cam. ¡Calla usted!

Mar. ¡Suerte fatal!

Ya veo...

Cam. (¡En su propia red

Cayó!)

Enr. (¡Tiemblo!)

Mar. Entre él y usted

El partido es desigual.

No hay miedo que á usted la apure

De Enrique la inconsecuencia,

Que si es grave esa dolencia

Tiene en casa quien la cure.

Cam. ¡Cómo!... Pues ¿quién...?

Mar. Don Fabián

La curará, con la venia

De usted, mejor que la tenia

Y mejor que el zaratán.

Cam. Se engaña usted, señor mío,

Si sospecha...

Mar. No sospecho...

Lo que no dudo.

(Llega don Fabián por la verja.)

ESCENA ÚLTIMA

CAMILA, MARIQUITA, DON ENRIQUE,
DON FABIÁN

(Don Enrique permanece todavía en el pabellón, asomando de cuando en cuando la cabeza por la ventana entreabierta.)

Fab. (¡Esto es hecho!)
(Sin ver á Camila y Mariquita.)

Cam. Crea usted...

Fab. (¡Le desafío!)

Mar. Le vengará mi amistad

De ese rival que detesto.

Fab. (Buscaré cualquier pretexto...

Por no decir la verdad.)

Cam. Pero, señor, ¿cómo ó cuándo?...

Mar. Demasiado lo declara

La turbación de esa cara.

Enr. (¡ Bueno va!)

Fab. (¿Quién está hablando?...)
(Da algunos pasos.)

Mar. Ya veremos si ese apunte...

Fab. (¡ Oiga!)

(Retrocede y observa.)

Mar. Hasta el punto se infama

De negar que usted le ama

Cuando yo se lo pregunte.

Cam. Es inútil ese afán,

Tan inútil como atroz,

Que yo... (Esforcemos la voz.)

Nunca quise á don Fabián.

Fab. (¡ Gracias! ¿Qué es esto?)

Mar. ¿Es posible?

¿Ni poco ni mucho?

Cam. ¡ Nada!

Enr. (Otra ocasión malograda.

¡ Es mujer incorregible!)

Mar. ¡ Ah, señora! si es así,

Vuelva á mi pecho la calma.

¡ Cuál se regocija el alma...!

Cam. ¿Por Enrique?

Mar. No; por mí.

Cam. ¿Por usted?

Mar. Sí, mi tesoro.

Cam. ¿Cómo?

(Se levanta y también Mariquita.)

Fab. (¿Qué escucho?)

Enr. (Otro enredo.)

Mar. Que ya reprimir no puedo

La pasión con que te adoro.

Cam. ¿Y esta es la fidelidad

Que usted...?

Mar. Esto es que primero

Soy yo, y ser mártir no quiero

Por no decir la verdad.

Si en vano á mi amigo invoco,

Aunque blasone de firme

La que acaba de decirme

Que no ama al doctor tampoco,

Bien puedo, hermosa doncella,

Sin obrar como un villano

Ofrecer á usted mi mano

Y mi corazón con ella.

Cam. ¡ Qué osadía!

Fab. (¡ Otro rival!)

Enr. (¡ Se va á armar una...!)

Mar. ¡ Oh! si en casto

Nudo...!

Cam. ¡ Ea, aparte!...

Fab. (¡ Haya trasto!...

Le voy á abrir en canal.)

Mar. No me mires con encono,

Que á tus pies rendido y tierno...

(Al arrojarse llega presuroso don Fabián y le detiene.)

Fab. ¡ Á un lado ó voto al infierno...!

Cam. ¡ Cielos!

Enr. (¡ Don Fabián!...)

Fab. ¡ Seó mono...!

Mar. ¡ No me insulte el mediquillo!

Cam. ¡ Por Dios, no me comprometas!

(Aparte á don Fabián.)

Mar. Podrán matar sus recetas

Al que tenga tabardillo;

No á mí: la salud me abrumba

Y me sale por los codos.

Fab. Yo mato de todos modos:

Con la espada y con la pluma.

Enr. (¡ Tiró el diablo de la manta!)

Cam. ¡ Mira...!

Fab. Ya no; que un rival

Se digiere bien ó mal;

Pero dos ¿quien los aguanta?

Pase Enrique; pero en pos

De Enrique venir Calixto...

¡ Eso no, cuerpo de Cristo!

Enr. ¡ Eso sí, cuerpo de Dios!

(En alta voz y abriendo de par en par la ventana.)

(Desaparece corriendo y un momento después se presenta en la escena.)

Cam. ¡ Me has perdido!

Fab. ¡ Eh! ¡ Te he salvado!

Mar. Confesa estás y convicta,

Y la pública vindicta...

Enr. ¡ Falsa! ¿Este pago me has dado?

Cam. Enrique, yo... Sabe Dios...

Fab. No te excuses ya ni mientas,

Que si se ofende, esas cuentas

Son para nosotros dos.

Enr. No; para el diablo que armara

Con un médico querella...

No teniendo ni yo, ni ella

Nada que echarnos en cara.

Cam. ¿Cómo...?

Enr. Sí. Ya es bobería...

Mer. Donde las toman las dan.

Enr. Da tu mano á don Fabián.

(Don Fabián se apodera de ella.)
Yo á don Calixto la mía.

(Lo hace.)

Fab. ¿Qué es esto?

Enr. Esto es...

Cam. Ya malicio...

Enr. Que don Calixto Mendoza...

Es una arrogante moza

Que me tiene vuelto el juicio.

Mar. Muy servidora de ustedes.

Fab. ¿Sí? pues aunque algo inconexo,

Creí que era de mi sexo

Este lindo Ganimedes.

Cam. ¡ Y yo me creía ingrata!

¡ Ah! Si lo hubiera sabido...

¿Y, en efecto, se ha perdido

En alta mar su fragata?

Enr. No; vuelvo rico y feliz.

Toda fué pura invención.

Cam. Pues de esa fábrica son

Mi epilepsia y mi lombriz;

Pero porque no dijeras

Enr. Pero porque no dijeras

Que nunca te amé de veras...

Cam. Que era mujer de dos caras...

Mentí sin temor de Dios,

Y tan mal me lo compuse

Que con dos novios me expuse

Á quedarme sin los dos.

Fab. Y una farsa de teatro,

¡ Ahí es nada! puso á pique

Mi existencia ó la de Enrique

Y la dicha de los cuatro.

Enr. Y de esta moralidad

Instructiva, convincente,

Resulta que el hombre miente...

Por no decir la verdad.